

recompensas del cielo, dice san Agustin *Quis dabit eis quos ad vitam, si hæc eis quos ad mortem? Si tantus in donis quantus in præmis*, S. Eucher. 2º Es una recompensa en la que el hijo de Dios se contenta por mucha felicidad que le sea debida, ¿por mucho mérito que haya adquirido, por mucho poder que haya tenido en su mano? Otras conjeturas: *Si tanta facis in carcere quid ages in palatio?* S. Aug. En fin, es una recompensa con la cual Dios da la felicidad. La posesion de Dios encierra plenitud de bienes, tranquilidad de bienes, eternidad de bienes, sin temor y sin fin. *Deus omnia, in omnibus, et semper*, S. Aug.

2º Motivo. No hay otro camino que seguir que el de Jesucristo subiendo al cielo: *Ascendit pandens iter ante eos*, Miche., II, 13. El camino está trazado. 1º Camino de santidad y de inocencia. *Qui ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde qui non accepit in vano animam suam, nec juravit in dolo proximo suo*, Ps. XXIII, 3, 4. El rey de gloria es el rey de las virtudes. El es santo, y es preciso ser santo para seguir su camino. Nuestra debilidad no sube hasta nuestro médico. 2º Camino de exactitud y fidelidad. *Euge serve bone et fidelis etc.* No hay un punto de la ley que Jesucristo no haya cumplido; es nuestro modelo y no seremos recompensados sino despues que hayamos sido y nos mantengamos fieles como él, *unicuique secundum meritum operum suorum*, Ecclesi., XVI, 15. 3º Por último, camino de penas y sufrimientos: *Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?* Luc. XXIV, 26. Fué necesario que Jesucristo sufriese para entrar en su reino: si él lo hizo por nosotros, podemos murmurarle? *Dic ut sedeant hi duo filii mihi, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo; respondens, etc.*, Matth., XX, 21, seq. De aquí viene que los santos estén contentos cuando son maltratados y perseguidos; *per multas tribulationes oportet nos intrare regnum Dei*, Act., XVI, 21. De aquí sus temores cuando se ven honrados y respetados.

3º Motivo. No hay que cumplir otros deseos que los de Jesucristo subiendo al cielo: *Præcursor pro nobis introivit Jesus*. Heb., VI, 20. ¿Por qué Jesucristo subió al cielo? Fué—1º—para residir allí como nuestro gefe: es necesario, pues, quedarle unidos como miembros animados de su espíritu y viviendo por su vida:—2º—fué para interceder como nuestro mediador: *Ut appareat vultui Dei pro nobis*. Heb., IX, 24. Debemos, pues, confiar en él, en su poder, en su asiduidad, en la fidelidad de su intercesion en nuestro favor cerca de su Padre: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. Heb., VII, 25. 3º—y último para bajar como nuestro juez: *Sic veniet quemadmodum vidistis cum euntem in cælum*. Act., I, 11. Debemos, pues, aguardar su venida: él bajará como subió; resplandeciente, arrastrando en su carro triunfal, no algunos cautivos sino todos los pueblos de la tierra; tan enemigo del pecado, como resuelto á aplastar á los pecadores en su última venganza; tan bueno y liberal para con sus verdaderos discípulos, con el fin de confirmar y renovar para siempre la bendiccion que les dió en este día.

Tres prácticas. 1ª Desear continuamente la felicidad que nos prometió Jesucristo en su ascension.

2ª Practicar sin cesar las virtudes que coronaron á Jesucristo, en su ascension.

3ª Cumplir sin cesar los deseos que Jesucristo nos anuncia en su ascension.

II.—Sobre la fiesta de la Ascension.

Para glorificar como cristianos la ascension del Señor, debeis bendecir su triunfo. Decís vosotros que amais al Señor vuestro Salvador:—¿le habeis felicitado por sus victorias? ¿os habeis alegrado con él de que sus humillaciones fuesen coronadas de gloria? Debeis 1º contemplar su gloria. ¿Habeis dirigido vuestros ojos al cielo, para considerar la entrada triunfante en él de Jesucristo? ¿Qué! ¿nada os interesa? ¿Habeis comprendido lo que es, con respecto á vosotros, la ascension del Salvador? Debiais desear su posesion. La tierra y sus bienes os tienen tan ligados, que no dejen llegar vuestros deseos hasta Jesucristo? ¿Qué podeis ser sin él sino eternamente desgraciados? ¿Su gloria ningun atractivo tiene para vosotros? Debeis—2º—solicitar sus dones. ¿Lo habeis hecho? ¿Le habeis suplicado que no os deje en la orfandad, que os envíe su santo Espíritu, que no permita que os separeis de él?

Debeis—3º—seguir sus huellas. ¿Esperais participar de su gloria, si no participais de su virtud? ¿Vivireis en adelante como él, á fin de morir, resucitar y subir al cielo como él?

Debeis, en fin—4º—esperar ó aguardar su venida: está pronto á llegar por vosotros, ¿estais dispuestos á recibirle? ¿Con qué seguridad compareceriais á los pies de su tribunal? ¿Qué os dice vuestra conciencia? *Quis ascendet in montem Domini, aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus, etc.*, Ps., XXIII, 3, 4.

Fiesta de San Juan Bautista.

I.—Sobre el desprecio del mundo.

Debemos admirar é imitar, en San Juan, el desprecio que hizo del mundo desde su mas tierna infancia. El mundo herido por los anatemas de Jesucristo, no es otra cosa mas que una asamblea de pecadores guiados por el espíritu del demonio. A ejemplo de S. Juan Bautista, tres motivos nos llevan á despreciar el mundo.

Primer motivo.—El mundo nada tiene digno que nos deba ocupar. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*. Eccles., 1, 2. Todo es vanidad en este mundo. 1º Porque nada en él hay esencial: poco importa brillar ó dejar de brillar en él, porque solamente hay una cosa necesaria de la cual depende la felicidad del hombre.

2º En este mundo nada hay cierto ni seguro. Despues de muchas penas y cuidados, un hombre del mundo á menudo se ve tan adelantado como el primer día; ha trabajado mucho y no ha recojido nada.

3º En el mundo no hay nada durable: *Filii hominum ut quid diligitis vanitatem?* etc., Ps., IV, 3. Si acumulais todas las ventajas posi-